



1 á 3.—Trajes de novia y de cortejo de boda





4 y 5.—Chalecos para llevarlos con los trajes de hechura de sastre

## SUMARIO

TEXTO. — Explicación de los suplementos. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Lo que se aleja. — Supersticiones calabresas. — Pensamientos. — La huérfana de Dordrecht, por M. Filiberto de Audeband (continuación). — Crónica de teatros. — Consejos útiles. — Recetas culinarias.

GRABADOS. — 1 a 3. Trajes de novia y de cortejo de boda. — 4 y 5. Chalecos para llevarlos con los trajes de hechura de sastre de terciopelo. — 6 y 7. Abrigos prácticos para ir a clase. — 8 a 13. Abrigos de invierno y faldas sencillas. — 14 a 16. Trajes de casa.

HOJA DE PATRONES NÚM. 806. — Varias prendas diferentes.

HOJA DE DIBUJOS NÚM. 806. — Diversos y variados dibujos.

FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de calle.

## EXPLICACIÓN DE LOS SUPLEMENTOS

1. HOJA DE PATRONES NÚM. 806. — Jackson, gorrita, corsé y pifioleta para criaturas. — Véanse los grabados y explicaciones en la misma hoja.

2. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 806. — Diversos dibujos.

3. FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de calle.

I. Traje de armadura de seda, adornado con un chaleco cruzado y altos puños de raso adecuado, corbata de terciopelo negro y cuello de organdí. Una hilera de botones de joyería cubre todo el delantero del traje. Sombrero adecuado al traje.

II. Traje de tarde de terciopelo flexible, con larga túnica formando canales: falda funda muy estrecha, también de terciopelo. Corbata de pieles terminada por un lazo de raso liberty, lo mismo que el ancho cinturón.

III. Traje de jerga de seda, formando, delante y detrás, un delantal, confeccionado de una tabla y dos pliegues a ambos lados enteramente lisos. Esta hechura de la falda añade al traje un aire enteramente juvenil. Cuello orlado de pieles y cinturón de piel de gamo blanco.

## DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 a 3. TRAJES DE NOVIA Y DE CORTEJO DE BODA.

I. Traje de doncella de honor, de charmeuse color de salmón. El cuerpo y la túnica son de seda del mismo tono del vestido, orlados de una ancha cinta. Un lazo de terciopelo guarnece el delantero del cinturón abullonado, de muselina de seda.

II. Traje de novia. Túnica de tul blanco guarnecido de un rizado de tafetán. La falda es de tul plegado, y el cuerpo de tul, dejando ver, como un trío, un precioso encaje.

III. Traje de madre de la novia, de charmeuse color de marfil. Cuerpo y túnica de muselina de seda negra, orlada de perlas de azabache. Cinturón de liberty y rosas encarnadas en el cuerpo. Mangas hechas de dos muselinas, color de marfil, superpuestas, y de otra de muselina negra.

4 y 5. CHALECOS PARA LLEVARLOS CON LOS TRAJES DE SASTRE DE TERCIPELO.

I. Chaleco de pana, color de naranja, adornado de pequeños bolsillos y presillas, abrochado en los hombros con botones de cristal de color azul antiguo. Mangas y sisas de velo de seda color de marfil. Este chaleco puede llevarse indistintamente con trajes azules, mordorés o negros.

II. Chaleco listado de negro y blanco, con delantero recortado y cruzado: ancho cuello de la misma tela; el cuerpo del chaleco es de charmeuse, muy flexible, color de marfil. El mismo modelo podrá confeccionarse en negro y encarnado, negro y azul, negro y violeta, etc., cuidando de casar el raso liso con el tono de fondo.

6 y 7. ABRIGOS PRÁCTICOS PARA IR A CLASE.

Estos dos modelos de abrigos son muy prácticos para uso de nuestras niñas que asisten a las clases. El primero es de paño azul marino; un pequeño canesú adorna la parte superior del abrigo. Un ancho cuello y dos bocamangas de terciopelo negro completan el adorno de este práctico modelo. Segundo abrigo, de ratina, de un bonito tono color de ladrillo, guarnecido de una tela a cuadros de un tono adecuado; los mismos cuadros se hallan en el sombrero de terciopelo acostillado, cuyo fondo será del tono del vestido.

8 a 13. ABRIGOS DE INVIERNO Y FALDAS SENCILLAS.

I. Largo abrigo de terciopelo diagonal negro, adornado con solapas estilo sastre (falda con caída acanalada), sujeto por una cintura, que se termina a cada lado del delantero, bajo la costura montante.

II. Abrigo de cheviote de Escocia; la parte superior forma una torera unida por pespuntos; la parte inferior cae muy amplia, formando canalones. Cuello de piel de nutria y manguito adecuado.

III. Falda de siciliana azul marino, con delantero formando grupo de pliegues, sujeto por una pequeña presilla con botones; la parte de detrás es lisa.

IV. Falda de terciopelo de lana; larga túnica detenida en el delantero, junto a un delantal plegado.

V. Falda de terciopelo acostillado. Una tira del terciopelo colocado al través, a ambos lados, forma un gracioso adorno, completado por los botones de corozo.

VI. Falda de gabardina plegada, con ancho cinturón drapado, adornado de botones. Este cinturón forma canesú.

14 a 16. TRAJES DE CASA.

I. Traje de terciopelo azul Prusia, adornado con motas negras. Cuello y puños de raso del mismo color del vestido, con bieses de terciopelo, que adornan asimismo el cuello y el cinturón, que se ajusta con una hebilla de joyería.

II. Traje para casa, de velutina de seda negra, con pequeñas listas blancas. Ancho cuello de raso blanco, y de esta misma tela es la tira bordada con trencilla negra que guarnece el cinturón y los puños.

III. Traje de terciopelo flexible color de rubí, con cinturón formado con perlas de azabache. Una tira de pieles de zorro guarnece el cuello y las mangas.

## CRÓNICA DE LA MODA

Las mujeres francesas, para parecerse lo menos posible a las rubias alemanas, han decidido *ennorecerse* el rostro y *acastañarse* o *ennegrecerse*, según los gustos, el cabello.

Por su parte, la mujer alemana, que en sus atavíos había rendido tributo a la desenvuelta moda francesa, va a moderarse patrióticamente, respondiendo a un llamamiento de la *Frankfurter Zeitung*.

«Los hombres —decía este periódico— están en el campo de batalla; las mujeres luchan para aliviar al pueblo de las consecuencias de la guerra. Pero ahora deben emprender otra lucha: deben combatir contra la impudencia inmoderada de una moda antiestética que osa mostrarse aún en las graves circunstancias que estamos atravesando. Esa moda no es más que un triste testimonio de superficialidad y ligereza, y cuando se lleva de un modo provocante es, además, un síntoma de degeneración. ¡Mujeres alemanas! Evitad esas aberraciones: combatámoslas hasta que hayan desaparecido completamente.»

Y la mujer alemana no se ha hecho sorda al llamamiento de la *Frankfurter Zeitung*. Por algo es

Alemania el país de la organización y de la disciplina.

¿Qué ha de hacer, pues, la mujer de los países neutrales? ¿Qué hará la mujer española? Ni admitir las exageraciones que nos vienen de allende los Pirineos, y que allí sólo llevan las mujeres mundanas, ni desechar lo de gusto que de allí nos llega, huyendo siempre de ese llamado *chic* de la moda, que una poetisa ha descrito en los siguientes versos:

Muchos bucles, muchos rizos,  
la mayor parte postizos;  
un morrión, cueva de erizos,  
hasta la nuca metido;  
como de indios el vestido,  
muy ceñido, muy ceñido;  
zapatitos ajustados;  
media negra con calados,  
y contornos bien marcados  
de la garganta a los pies;  
corsé modelo francés...  
El juicio vuelto al revés;  
la estética malparada;  
lo estrambótico admitido  
la dignidad rebajada,  
y el recato suprimido.

Así retardaremos el cumplimiento de la profecía de San Vicente Ferrer: Llegará un tiempo en que las mujeres irán vestidas de hombre..

## LO QUE SE ALEJA

Llegó el otoño, y con él las tardes grises y tristes, huyendo con la alegría del estío aquellas otras tranquilas y serenas.

Las hojas que se desprenden de los árboles, amarillas y secas, parece que al pisarlas, o al levantarlas el aire llevándoselas sin rumbo cierto, se quejan doloridas de la vida cortísima que han disfrutado. ¡Pobres hojas! Ayer estabais verdes y lozanas mecidos cadenciosamente en el árbol que os dió la vida, y hoy os veis secas, sin valor para sosteneros donde nacisteis, viendo cómo esa misma brisa que antes os arrullaba, es ahora la que os impele a que abandonéis vuestro sitio, donde más tarde brotarán nuevos capullos que gozarán, como vosotras, de una existencia rápida, yendo después a morir lejos de donde nacieron.

¡Cuántas vidas que ayer estaban en toda su plenitud, se extinguen hoy, arrolladas por esa inmensa tragedia que tiene por teatro la Europa civilizada, donde las naciones más poderosas se destruyen y aniquilan, sembrando de cadáveres los campos!

En estas y otras cosas pensaba, mientras, sentada a mi balcón, veía cómo los últimos rayos del sol se perdían en la lejanía.

Me sacó de mi abstracción un cuadro que contemplé apenada.

Enfrente de mí, en una tribuna herméticamente cerrada, hay una señora con un niño de diez a doce años, sentado en un sillón y entre almohadones que la madre mulló a cada rato, mientras besa y acaricia al infante.

El niño está tuberculoso: su cabeza, al parecer cansada, recuéstala en el cristal, y un estremecimiento, no sé si de miedo o compasión, recorre mi cuerpo; mientras pretendo separar mi vista, sin poderlo conseguir, de aquella faz desencajada. Después lo contemplo enterneceado y sus tristes ojos se posan con afán en mí.

La madre sigue la mirada del niño, y al cruzar la suya con la mía, leo en ella un tan intenso dolor, tan honda desesperación, que me hace comprender que es ella más digna de lástima que el pobre enfermo. Unas furtivas lágrimas que no ha podido evitar, se escapan de sus ojos, y con disimulo, para que el niño no las vea, intenta enjugarlas; pero él, comprendiendo la intención de su madre, levanta con lentitud sus descarnadas manos, y pasándolas por el rostro, parece decirle:

—Madre, ¿por qué lloras?

Ella presurosa sonríe, lo acaricia con infinito amor, y el niño recuesta la cabeza en el seno maternal, mientras me mira queriendo también sonreír, consiguiendo tan sólo que de sus labios descoloridos y secos brote una dolorosa mueca.

Se hace tarde. La madre con mil cuidados se lleva al niño, que hasta que puede verme, no aparta de mí su mirada triste y apagada.



Ya sola, me dejo llevar por mi fantasía y penetro en el dormitorio donde descansa el enfermito, y allá, en la penumbra, distingo la figura de la desconsolada madre que vela su sueño, mientras las lágrimas que entonces brotan a raudales de sus ojos, y que no oculta, resbalan por sus mejillas, yendo a caer sobre la almohada del hijo querido.

Yo pienso entonces en esos miles de madres que lloran el hijo perdido..., el hijo que vieron marchar robusto y feliz y al cual tal vez no volverán a ver.

Es inútil querer definir el dolor maternal..., sólo sintiéndolo puede comprenderse.

La madre que pierde el hijo mientras defiende su patria, en medio de su dolor tiene el amargo consuelo de decirse en su tristeza: «Mi hijo fué un héroe..., murió como un valiente...» y, orgullosa, en su pecho le levanta un altar.

Pero esta que presencia la lenta agonía del hijo amado y lo ve extinguirse, impotente..., desesperada..., sin poder hacer nada para arrebatarlo a las garras de la muerte..., ésta... es doblemente desgraciada.

Cuando no vea ya a su hijo, no podrá decir como aquellas otras madres: «fué un héroe», sino: «¡pobre hijo mío, cuánto llegó a sufrir!» Y entonces, si es posible, su dolor será más intenso.

¡Cuántas tragedias como ésta nos rodean que, por estar ocultas, no vemos... y nos deslizamos junto a ellas sin sospecharlas!.

Han pasado muchos días; no he vuelto a ver ni al niño ni a la madre; pero aun recuerdo la mirada de unos ojos tristes y apagados que se posaron en mí, dejándome en el alma la huella dolorosa de una vida que se aleja, como el buen tiempo y la alegría, para infinidad de madres.

CARLOTA VIADA.

## SUPERSTICIONES CALABRESAS

El Dr. Marco Levi Bianchini ha recogido en la *Rivista d'Italia* curiosa serie de observaciones sobre las supersticiones calabresas, que muestran el atraso de aquella interesante región de Italia, y que pueden servir para el estudio de la psicología colectiva comparada y para la historia de la civilización.

Si un individuo muere asesinado, ninguno de la familia debe comer carne de aves ni de cuadrúpedos, porque la sangre del animal muerto traería frecuentemente el recuerdo de la sangre del difunto; muchos observan esta abstinencia toda la vida. Cuando una gallina canta como el gallo, se la mata en seguida, porque su canto anuncia una desgracia inminente. Beber a la salud de un individuo con el vaso de agua en la mano es un insulto mortal, porque representa una burla a quien es traicionado por su mujer; este insulto se venga en el acto con sangre; también es un insulto no apurar hasta el fondo el vaso de vino que ofrezcan a uno. Caer aceite en tierra es señal de desgracia si en seguida no se cubre la mancha con sal; caer vino es, en cambio, señal de fortuna.

Después de una visita de pésame no debe hacerse ninguna otra, para evitar que la muerte entre en otra casa; debe uno retirarse a su domicilio, lavarse, mudar de traje y salir. El madero con que se hace el yugo de los bueyes es sagrado: cuando se pone inservible se deja en la cuadra; pero nadie debe quemarlo ni usarlo para nada, porque sería grave impiedad y llevaría consigo las penas del infierno: esta superstición está tan arraigada, que cuando un moribundo tiene una agonía larga y dolorosa se atribuye a que en vida quemó algún yugo, y para abreviar y aliviar sus dolores le ponen de almohada un pedazo de yugo.

Nadie se corta las uñas en días que tienen *r*, porque se cree que en estos días saldrían *padrones* en los dedos. Los que tienen sabañones creen que se quitan ofreciéndolos por sorpresa a una mujer, y mejor a una vieja; el que los tiene llama a la puerta de una casa. «¿Quién es?»—preguntan.—«¿Los queréis?»—«¿Qué?»—«Estos sabañones;» y diciendo esto se echa a correr, y los sabañones pasan por encanto a la vieja.

Se atribuye al oro y a la plata extraordinaria virtud curativa: a los enfermos de erisipela o de los ojos se les frota la parte enferma con un anillo de oro; a los

niños se les pone un anillo en la oreja izquierda, para prevenir las enfermedades de la vista; la plata es empleada sobre todo en las erisipelas, aplicando una moneda en la parte enferma.

Como hemostático usan los aldeanos el estiércol de asno, y para las heridas la aplicación de telarañas; también se usa con el mismo objeto el cuero. Las raíces de caña en infusión, se usan como diurético en las hemorragias; y la parietaria, como emenagógico y diurético, en las parturientas. Las enfermedades cutáneas suelen curarlas durmiendo en la cuadra, y en la misma cama de los animales, hecha con paja y hojas de árboles, aspirando los olores de aquel ambiente. El lumbago se cura extendiéndose en la cama y dejándose pisar en la región lumbar por una mujer que haya tenido gemelos. Para las efélides no hay nada mejor que hacerse escupir en la cara por una persona que esté en ayunas y que haya pasado el estrecho de Mesina. Contra la tiña se emplea el aceite de olmo, mezclado con alquitrán y cenizas. Contra las llagas de todas clases se usa el lavado de la llaga haciéndola lamer por un perro.

Los cólicos se curan con malvas; se cuecen, y cuando están hirviendo a todo vapor, se echan en un recipiente; el enfermo se pone encima, recibiendo directamente los vapores en el perineo y en el bajo vientre por espacio de una hora, y queda curado.

Si un niño enferma de conjuntivitis o de blefaritis, y no ha bastado la cura del anillo de oro, la madre coge el párpado superior y lo sube y lo baja, y lo estira de derecha a izquierda, haciendo una cruz por

caliente en la parte supurante; con el mismo objeto se aplica en los diviesos la manteca de leche o el tocino, y hasta la cera de los zapateros. En general, todas las heridas de serpientes venenosas, o las llagas de infecciones graves o mordeduras de perros, se curan cortando la carne y rellenando el hueco con sal gemma o bien con el fuego; también se usa el tusílag aplicado a la llaga.

Para pulir las manos se hace hervir la hierba saponaria y se lava uno con la espuma. Para curar el mal de vientre se emplea un cocimiento de higos secos o de malvas, o bien se mezclan en partes iguales la parietaria, aceite caliente y vinagre; con el mismo objeto se usa la camomila; como antisifilítico, la dulcamara; y como tónico, la centáurea. Las raíces de saúco se usan en infusión, como emético, y las flores como diaforético. Para curar una fractura se envuelve el miembro fracturado en estiércol de buey, dejándolo secar.

Para curar la anorexia y la atonía gástrica se cogen los frutos del laurel cerezo, se tuestan en un horno y se reducen a polvo fino machacándolos en un mortero; se echa una cucharada de estos polvos en un dedo de agua; y se bebe la mezcla; para las enfermedades del estómago se usa también el cocimiento de laurel, hervido por la noche y bebido frío por la mañana.

Para las fiebres en general, además del romarino, empleado especialmente contra la malaria, se usa el cocimiento de achicoria napolitana; o bien el ajo, machacado en un mortero y hecho hervir lentamente



6 y 7.—Abrigos prácticos para ir a clase

tres veces, diciendo entretanto: «Santa Lucía, límpame el ojo, que yo te limpiaré la calle»; también se usan los orines, sean los propios o los de un buey, y con leche de mujer o de vaca. La úlcera corneal la curan con oro o con jugo de limón agrio, habiendo quienes con tales manejos pierden la vista.

Para favorecer la supuración de un absceso se aplica el higo de Indias, que se asa y se aplica en

te con agua; o el mosto de vino cocido con azufre, o también un cocimiento de hojas de olivo, como antitérmico y depurativo.

Contra la tos, los aldeanos cortan la copa de un naranjo y beben una preparación de su pulpa. Para impedir que una llaga supurante o un tumor formen costra, se mantiene activa la irritación de los tejidos con tusílag, cuyo poder irritante es conocido; tam-





8 a 13.—Abrigos de invierno y faldas sencillas

bién suele aplicarse la hoja del saúco con análogo objeto, para mantener la hemorragia después de una aplicación de sanguijuelas.

En algunos de estos remedios empíricos existe una base científica que explica su acción curativa; pero en la mayor parte de los casos, si hay curación, es debida a la sugestión exclusivamente por la acción de lo moral sobre lo físico.

Y esta superstición tiene hondas raíces.

F. A.

## PENSAMIENTOS

El hombre más insignificante puede ser más completo, si se mueve dentro de los confines de sus facultades y habilidades; sus méritos se oscurecen, se neutralizan y se destruyen si falta aquella requerida simetría.

Todo lo que libra a nuestro espíritu sin darle dominio sobre nosotros mismos es pernicioso.

El más loco de todos los errores lo cometen esos jóvenes de

ingenio que creen perder su originalidad reconociendo las verdades que han sido ya reconocidas por otros.

Quando el hombre reflexiona sobre su físico o sobre su moral, se encuentra ordinariamente enfermo.

Con nada demuestran mejor los hombres su carácter que con lo que juzgan ridículo.

Si éstos o aquéllos no se creyesen en el deber de repetir cosas equivocadas, sólo por haberlas afirmado una vez, hubieran llegado a ser otros hombres.

GOETHE





Gaston DROUET, Editeur Paris

## EL SALON DE LA MODA

*Montaner y Simon Editores Barcelona.*

Reproduction Prohibida

1539

XXIX - 806

### CRISTOL-TOCADOR

antiseptico para el tocado intimo  
de las SEÑORAS

*Cura las afecciones uterinas*

VIAL - PARIS, y todas las farmacias



La "CRÈME SIMON", Es un  
producto maravilloso para el  
cuidado del rostro y su belleza.  
— Polvo de arroz y jaboncillo  
à la "Crème Simon".









14 a 16.—Trajes de casa

Prediciendo la verdad se puede vivir en el mundo, pero no diciendo la verdad.

Los pájaros más espléndidos son los peores cantores; esto vale también para los hombres.

Estoy convencido de que no sólo se ama uno a sí mismo en los demás, sino que también se odia en los demás a sí mismo.

Cuando lees la historia de un gran delincuente, da gracias siempre al cielo benigno, antes de condenarlo, de no haberte colocado a ti, con tu cara honrada, en el principio de una serie igual de circunstancias.

Uno engendra el pensamiento, otro lo bautiza, el tercero engendra prole con él, el cuarto lo visita en su lecho de muerte y el quinto lo entierra.

LICHTENBERG

Los hombres son más torpes que perversos y los malvados más ciegos que malvados

MADAMA SWETCHINE

Es una necesidad para las almas honradas, cuando el mal las rodea, hacer más que nunca el elogio del bien.

O. DE VALLÉE

Sólo es malvado el que no respeta la vejez, las mujeres y la desgracia.

JOSÉ PARINI

Por los pecados de la lengua se acarrea el malo su ruina; pero el justo escapará de la angustia.

LIBRO DE LOS PROVERBIOS

Hay tanta bajeza en la mayor parte de las alabanzas, que más envilecen a los que las hacen, que honran a los que las reciben.

LEVIS



¡Qué felicidad tan grande la de poder alabar sin mentir!

MADAMA SWETCHINE

La alabanza más grata a una mujer es que le hablen mal de las demás mujeres.

J. J. ROUSSEAU

Amamos a los hombres, aunque nunca los hayamos visto, con sólo saber sus buenas acciones y sus buenas cualidades.

CICERÓN

Obra de un modo conforme a la idea racional del bien y sólo por el amor de la razón.

PLATÓN

Hay pocos hombres que sean capaces de hacer una buena acción sin testigos.

SÉNECA

Injusto es perder alguna singular obra su autoridad por la poca del que la hace.

QUINTILIANO

Nuestras obras buenas no perecen; son semillas para la eternidad.

SAN BERNARDO

## La huérfana de Dordrecht

NOVELA DE

M. FILIBERTO DE AUDEBAND

(Continuación)

—No olvidéis, Lidia, que ha transcurrido muy poco tiempo desde que, hablando de esto mismo, me dijisteis que jamás daríais vuestra mano a uno que fuese enemigo de los dos hermanos.

—Confieso, Enrique, que aquello fué un acaloramiento y nada más. Escuchadme atentamente. Un examen menos apasionado me ha hecho variar de opinión respecto a eso. Si lo que os dije entonces pudo ofenderos, también sé que tenéis un corazón demasiado generoso para ir a guardar rencor por unas palabras sin consecuencia, y que no podéis tomarlas sino por un desahogo, tonto si se quiere, pero muy propio en una joven que se cree ofendida por el mismo hombre que jura que la ama tiernamente. Aun hay mas; no tan sólo nos reconciliaremos, sino que desaparecerán todos los obstáculos que se han presentado hasta ahora a un enlace proyectado hace tanto tiempo.

El rostro de Enrique Veroef pareció haber perdido por un instante aquella fiereza que se notaba en él minutos antes. Su sonrisa era dulce y en nada parecida a la que tenía al dar principio a esta conversación.

—Por otra parte, añadió Lidia, yo sé muy bien que estas agitaciones son más capaces de haceros infeliz que dichoso. Vuestro carácter es más a propósito para gozar en paz de las dulzuras de la vida doméstica, que para representar un papel estéril en medio de estas revueltas políticas, papel del que tarde o temprano no podréis sacar otra cosa que los más agudos remordimientos.

—El bien de la patria no excluye la felicidad personal. Cien veces me habéis manifestado los goces que entreveáis en la vida del hombre casado. ¡Enrique! Con solo que vos dijeseis tres o cuatro palabras, habría más que suficiente; una sola voz que saliera de vuestros labios, bastaría a salvar dos vidas que me son tan caras, y desde aquel momento...

—Acabad, desde aquel momento entraríamos en pactos. ¿No es esto? Por las vidas de los dos hermanos, me ofreceríais, no vuestro amor, pues éste no lo obtendré jamás, sino vuestra mano, lo cual es otra cosa muy distinta. Felizmente la razón puede más sobre mí que los gritos de mi corazón: este pacto no se verificará jamás.

Las lágrimas corrieron por el rostro de la joven.

—¿Es posible, Enrique, le dijo, que seáis sordo a mis ruegos?

—Aun cuando quisiese acceder a ellos, contestó el platero, me sería de todo punto imposible hacer-

lo. Este pueblo, tan dócil cuando le instigo a castigar a los criminales, se volvería contra mí en cuanto le indicase que debía perdonarlos.

—¡Enrique! Os equivocáis respecto al ascendiente que tenéis sobre el pueblo, o por mejor decir, fingís equivocaros para poder negarme mejor lo que os pido. ¡Por última vez, no desatendáis mis súplicas!.

—El bailío y el gran pensionario morirán, replicó el tribuno; ese mismo empeño que manifestáis por salvarlos es una razón más para que perezcan cuanto antes!

En seguida, volviéndose a los grupos:

—¡Amigos míos!, les dijo: ¡esos martillos!... ¡Qué hacéis que no los traéis pronto! ¡Es preciso echar esta puerta al suelo inmediatamente!

Lidia retrocedió tres o cuatro pasos.

—Adiós, tigre en forma humana, le dijo; adiós hombre sin corazón. Por arrancar a una muerte injusta a los dos hombres más de bien, a los dos hermanos más ilustres que hay en toda Holanda, me condenaba yo al más atroz de todos los suplicios ofreciéndome a ser esposa tuya. Quería impedir que tiñeses tus manos en esa sangre gloriosa. Pero, ¡escucha bien lo que voy a decirte. Esa sangre que vas a derramar, caerá desde mañana sobre tu frente bajo la forma de una mancha indeleble, semejante a la marca que el Señor puso sobre la de Caín, y un día, más próximo de lo que tú puedes figurarte en este momento, morirás del mismo modo, y tendrás un fin tan trágico como el que estás preparando ahora a esos dos inocentes.

Dicho esto desapareció entre el inmenso gentío que había alrededor de la puerta del calabozo.

X

EL MARTIRIO

Trajeron por fin los martillos, según lo había dispuesto el platero, y la puerta del calabozo tardó poco en ceder a sus golpes. Apenas desapareció aquel obstáculo, cuando los amotinados subieron en tropel los escalones de la cárcel, y se precipitaron en el calabozo en donde se hallaban los dos hermanos. El bailío estaba con bata de terciopelo, recostado en el lecho, como ya hemos dicho antes, y su hermano sentado a la cabecera de la cama leyendo la Biblia.

—¡Ahí están los dos perros!.. fué la primera voz que se oyó.

—Que van a pagar en un día todo el mal que han hecho a Holanda en tanto tiempo.

Juan de Witt se puso en pie.

—Ya sé, dijo a aquellos hombres, cómo se os engaña respecto a nosotros. Como servidores fieles del país, nosotros no hemos dejado de trabajar ni un solo instante durante nuestra carrera política y militar en beneficio suyo; pero la calumnia puede más que la verdad. Yo protesto de todo lo que...

—¡Calla, traidor!, dijo entonces un marinero cortándole la palabra: demasiado tiempo os hemos sufrido a tu hermano y a ti.

—Todas las cosas tienen un término, añadió Van-Beuning.

—Levantaos y seguidnos a la plaza donde se hacen las ejecuciones de los criminales, dijo Veroef en tono amenazador.

Los dos hermanos comprendieron al oír esto que era inútil cualquier esfuerzo que hiciesen para substraerse al odio de aquella gavilla de perdidos.

—Estamos dispuestos a todo, exclamó entonces Cornelio. ¡Vamos!..

Los dos hermanos iban agarrados del brazo cuando salieron del calabozo, y al llegar al primer rellano de la escalera de la cárcel, se abrazaron dándose un adiós, que bien conocieron que era el último. El bailío, que estaba muy débil, bajó apoyándose en el hombro de su hermano, que, conservando la mayor serenidad en medio de un peligro tan inminente, exhortaba a los paisanos a sosegar y a entrar en su deber.

—Amigos míos, les decía conforme iba bajando, ¿a qué conduce esta violencia? Nosotros somos enteramente inocentes de los delitos que se nos achacan, y nunca hemos sido traidores. Llevadnos ante el tribunal que más os acomode, y haced que en él se examine nuestra conducta. Si de nos prueba que

somos realmente culpables, castiguesenos sin compasión; pero ¿seréis capaces de asesinarlos sin oír nuestros descargos?...

—Ya sabía yo, dijo entonces Van-Beuning, que este pájaro no hablaría siempre en el tono arrogante que le es habitual. ¡Ved cómo pide perdón ahora!...

—¡No haya perdón para quien ha vendido al pueblo!..

—¡Lo que yo pido son jueces y no perdón!... contestó a esto Juan de Witt.

—¡Anda! ¡Anda!, exclamaron a un mismo tiempo una porción de voces. No tardarás mucho en ver las sentencias que sabe dictar un pueblo irritado.

—¡Todos los que estamos aquí presentes te hemos sentenciado sin apelación!

El gran pensionario levantó los ojos hacia el cielo.

—¿A qué conducen tantos preámbulos?.. exclamó de pronto una mujer; es preciso que los dos perros no bajen vivos a la calle.

Un herrador había querido ya asesinar al gran bailío cuando se hallaba en la cama, y lo hubiera conseguido si el golpe que le asestó a la cabeza con el martillo no hubiese perdido toda su fuerza por haberle hecho variar la dirección del brazo la gente que estaba detrás. Así es, que en vez de pegar al bailío, dió el martillazo en la pared, lastimándose el mismo asesino con la violencia que llevaba al dar sobre un cuerpo tan duro. Al bajar la escalera otro de los amotinados hirió por detrás a Cornelio con un garrote, y de un empujón le hizo rodar toda la escalera; al pie de ella todo el populacho se apoderó de aquel grande hombre y le llevó arrastrando por los cabellos hasta una galería inmediata a la cárcel, por la cual se conducía a los reos al suplicio. Juan de Witt, que había perdido el sombrero en esta refriega, salió de la cárcel con la cabeza descubierta y no hacía sino volver la vista en todas direcciones buscando a su hermano que había sido asesinado ya.

—¡Cornelio!, ¿en dónde estás?, decía a gritos el ilustre compañero de Ruyter.

En este instante el notario Van Sconor dió una lanzada al anciano en medio del rostro. Esta herida, aunque grave, no le impidió hacer cuantos esfuerzos son imaginables para pasar detrás de las filas de la tropa que estaba formada en aquel sitio, confiado en que tal vez hallaría allí a su hermano; pero los guardias cívicos, temerosos de que los soldados quisiesen darle auxilio y protección, se colocaron delante de Juan de Witt para impedirle el paso.

—A los grandes hombres no se les deja escapar con tanta facilidad, dijo a la sazón un pastelero afectando reírse a carcajadas.

Pedro Veranglusa le disparó entonces a boca de jarro; pero no habiendo salido el tiro, le dió un culatazo tan fuerte en la cabeza, que Juan de Witt cayó al suelo sin sentido. Sin embargo, tardó un instante en volver en sí, y aun tuvo fuerza suficiente para levantarse poniéndose de rodillas y exclamar:

—¡Hermano mío!... ¡pobre hermano mío!... ¿en dónde estás?...

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando uno de aquellos bandidos, agarrándole por el cuello volvió a tirarle al suelo; le puso un pie en el pecho, y en seguida le levantó la tapa de los sesos de un pistoletazo, gritando al propio tiempo:

—¡Perezcan de este modo los que hagan traición a su patria!

Tan horrible escena no concluyó todavía con esto.

Muertos los dos hermanos, la chusma formó un semicírculo en derredor de los cadáveres, sobre los cuales hicieron repetidas descargas. Después los desnudaron y haciendo trizas sus vestidos repartieron aquellos pedazos de tela entre todos los vecinos de las calles inmediatas al sitio donde se cometieron los asesinatos. Unicamente quedó intacta la capa del gran pensionario. Un mozo de la cárcel se apoderó de ella y se puso a gritar en alta voz:

—¡Ciudadanos!, ved aquí lo que resta del gran Juan de Witt.

Como sucede siempre en ocasiones parecidas a ésta, el populacho cometió mil excesos con los cadáveres, y después de haberlos llevado arrastrando hasta el sitio donde se hacían las ejecuciones, los colgó por los pies de la horca, valiéndose al efecto, a falta de cordeles, de las mechas de los arcabuces.

El que hacía en este drama el papel de verdugo,



viendo pasar por la plaza al señor Limousson, pastor de la Haya, le dijo:

—¡Señor ministro!... ¿los he colgado bastante altos?

—No, respondió aquél; ponme a ese gran bribón de Juan un poco más arriba, para que todo el mundo pueda verlo bien.

A cosa de las diez de la noche, tres hombres disfrazados descolgaron de aquél árbol de infamia los restos mortales de los dos hermanos; una mujer vestida de negro y tapada con un velo del mismo color los acompañaba. El lector habrá adivinado sin duda que esta mujer era Lidia.

Al llegar al Campo Santo uno de aquellos hombres se desembozó, y nuestra interesante joven reconoció en él al conde de Tilly.

—Ya habréis comprendido, señorita, dijo el guerrero, que todos cuantos esfuerzos he hecho para salvarlos han sido enteramente inútiles. Los enemigos de los ilustres difuntos eran demasiado poderosos para que éstos dejasen de sucumbir. Pero ¿qué vais vos a hacer ahora?

—Yo voy a buscar la patria de todos aquellos que no la tienen, respondió la huérfana; mañana mismo emprendo mi viaje a Francia.

## XI

### EN EL MAR

Según el dicho de Shakespeare, «el tiempo marcha con pasos de lobo y se lleva a los hombres a la manera que el viento de otoño arrebató las hojas secas de los árboles que yacen por el suelo.»

Cerca de diez y seis años habían transcurrido desde los últimos sucesos que acabamos de referir. Los grandes acontecimientos que se habían sucedido desde entonces iban a agitar muy pronto a toda la Europa. Por segunda vez, la revolución recorría impunemente la Inglaterra, semejante a un león desencadenado. Muerto Carlos II, su hermano Jacobo II también de este nombre, le había sucedido en el trono; y cortado por el mismo patrón que él, es decir, dotado de una excesiva hombría de bien y de una buena fe que no siempre conviene a los príncipes, parecía que debía ser devorado por el monstruo desde que subió al solio. Sabida es de todo el mundo la causa, o mejor dicho el pretexto que hubo para el movimiento de 1688: los protestantes, que estaban en mayoría en el Reino Unido, veían con ira reconcentrada los esfuerzos que hacía Jacobo II diariamente por establecer la fe católica. En realidad, una intriga sorda iba minando el trono del último Estuardo; Guillermo de Orange su yerno, el mismo a quien acabamos de ver conspirando a la sombra contra los dos hermanos Witt, había soñado en desposeer a su suegro. El título de Estatúder no era suficiente á satisfacer su ambición, y quería a toda costa ser saludado rey de la Gran Bretaña. Llegó por fin un día en que la escuadra holandesa con quince mil hombres de desembarco, tocó en las costas de Inglaterra, verificando su desembarque en Torbay.

—¡Serenísimo príncipe!, dijo al saltar en tierra un hombre sumamente obeso; no tardaremos mucho en dar a V. A. el título de Majestad, según todas las probabilidades.

—¡Van Beuning!, deja esas adulaciones para cuando estemos en Londres, contestó el príncipe.

Informado Jacobo II de la invasión de su yerno, corrió a las armas; pero entre sus mismos vasallos contaba veinte enemigos por cada amigo. Puesto a la cabeza de un ejército formado de prisa, y con cuyos soldados apenas podía contar, el rey se decidió a presentar la batalla a Guillermo de Orange, en Salisbury.

Desde muy de mañana un oficial, cuyos bigotes empezaban a encanecer, se paseaba por medio del campamento rompiendo sus guantes de rabia.

—¿Qué tenéis, señor conde de Tilly?, le preguntó de pronto el duque de Norfolk.

—¿Qué he tener, señor duque?... ¡Ay de mí! Aunque no soy inglés, preveo y siento la suerte que va a caberle al monarca a quien he ofrecido mi espada.

—¿Qué queréis decir con eso? ¿Os parece perdida la batalla aun antes de darla?

—Y lo peor de todo es que no llegará a darse.

Guillermo de Orange no se contenta con ser el más disimulado de todos los príncipes de Europa, sino que aspira a ser el más hábil de todos ellos. He ahí más de seis meses que no hace otra cosa que apartar del lado del príncipe a todas aquellas personas cuya adhesión al soberano es tradicional, y el Estuardo parece que ni siquiera lo nota.

—En ese caso, ¿por qué no vais vos mismo a advertírselo?

—¡Duque!, vos no ignoráis cuántas dificultades se ofrecen para acercarse a los reyes. ¡Compadezcamos su suerte! Los hombres que están interesados en su perdición, tienen buen cuidado de rodearlos de una especie de cordón sanitario. Pero yo veo que todo el mundo abandona ya a Jacobo II.

Antes de tres horas todos los generales se pasarán al campo holandés, y con ellos Churchill, hermano de la favorita; el príncipe de Dinamarca, yerno del rey, y finalmente hasta su propia hija la princesa de Orange, que por un refinamiento de barbarie se halla a su lado hace un cuanto tiempo. Ya podéis ir redactando el epitafio de la dinastía de los Estuardos.

El conde de Tilly decía la verdad. Después del desastre de aquella jornada, el desgraciado Jacobo entró en su capital en medio de los silbidos y de las voces de un populacho alborotado. A eso de media noche entregaron un pliego al rey, que contenía estas breves palabras: «Señor, salid inmediatamente de Londres, si no queréis caer prisionero.—Guillermo de Orange.»

(Continuará)

## CRÓNICA DE TEATROS

MADRID. — Se han estrenado con éxito: en Apolo, la zarzuela en un acto, original de los señores Camps y Avilés Meana, música del maestro Bretón, *Los capitanes del Zar*; y en Martín, la zarzuela *Los traperos de Madrid*, original de Ventura de la Vega, música de Marquina.

BARCELONA. — NOVEDADES. — La eminente y hermosa artista Lyda Borelli ha recreado al selecto y numeroso público que acude a este teatro con la representación de las siguientes obras, en todas las cuales ha rayado a grande altura: el drama en cuatro actos, de Sudermann, *Magda*; la comedia en tres actos, de Jorge Feydeau, *El Germoglio*; la comedia en tres actos, de De Flers y D. Caillavet, *Lasino di Buridano*; el drama en cinco actos, de E. Scribe y E. Legauve, *Adriana Lecouvreur*; el drama en tres actos, de Enrique Bataille, *La donna nuda*; la comedia en tres actos, de Weber, *La Monella*; el drama en un acto, de Oscar Wilde, *Salomé*; la comedia en tres actos, de Hennequin, *La piccola ciocolataia*; la comedia en tres actos, de Hennequin y Weber, *La Presidentessa*; la tragedia en cuatro actos, de Gabriel D'Annunzio, *La Gioconda*; y la comedia en tres actos, de R. de Flers y G. Caillavet, *La bella aventura*.

ROMA. — Después de concurridísimas representaciones de *La Malquerida*, de Jacinto Benavente, se ha estrenado con éxito la comedia en tres actos, de Pablo Gavault, traducción de J. J. Cadenas, *Mi tía Ramona*, que con tanto aplauso viene representándose en el teatro Lara, de Madrid.

TEATRO NUEVO. — Se han estrenado con éxito: *La boda de la Farruca*, letra de Gonzalo Cantó, música del maestro Alonso; *¡Abajo el amor libre!*, en que alcanzan muchos aplausos las hermanas Taberner y los señores Vallejo, Pedrola y Ledesma; y *La Venus de Piedra*, letra de García Álvarez y López Monis, música de Alonso y de García Álvarez.

## CONSEJOS ÚTILES

Según el profesor Constantino Hulbert, en un trabajo sobre la higiene del libro, premiado por el Congreso de bibliotecarios celebrado en París en 1900, las especies de insectos que pueden perjudicar a los libros son 67, correspondientes a siete órdenes distintos: coleópteros, ortópteros, tisanuros, pseudoneurópteros, himenópteros, lepidópteros y arácnidos. La mitad casi de los enemigos de los libros son coleópteros.

Entre los coleópteros, la familia de los *anobiidos* abarca unas doscientas especies, cuyas larvas xilófagas hacen estragos en las librerías, sobre todo las de la especie *paniceum*; este insecto deposita sus huevos en los libros, y de ellos salen voracísimas larvas blancuzcas que abren en los volúmenes verdaderas galerías, y que se reproducen de tal modo, que a la cuarta generación llegan al número de 810.000 insectos. La familia de los *ptinidos*, que muchos confunden con la anterior, encierra unas cien especies, entre ellas el *ptinus fur*, que es una terrible plaga para los libros, señalado ya por Linneo como nocivo a las bibliotecas; ataca con preferencia el cuero de las encuadernaciones, y para destruirlos basta encerrar el libro en un cajón donde haya un poco de algodón empapado en bencina, dejándolo allí algunos días. Entre los *dermestinos*, el más

temible es el *anthrenus*, distinguiéndose también por sus estragos la familia de los *bruguides*.

De los demás órdenes son dignos de notarse: las cucarachas, entre los ortópteros; los *lepidismos*, de brillantes escamas, y los velocísimos *podúridos*, entre los tisanuros; los *termitas* y los *psoguis*, entre los pseudoneurópteros; las hormigas, entre los himenópteros; las *tiñolas*, entre los lepidópteros; y el *cheyletus eruditus*, entre los arácnidos.

Los procedimientos de destrucción directa de estos insectos son de cuatro clases: *mecánicos*, como el golpeo de los libros y la busca directa de los insectos; *químicos*, como el empleo de sustancias irritantes y tóxicas; *físicos*, como el uso del calor o del frío; y *biológicos*, como el uso de parásitos animales o vegetales.

Entre los procedimientos mecánicos pueden contarse las trampas, como los cazacucarachas, ratoneras, etc. Estos medios, sin embargo, son menos eficaces que los químicos, que pueden dividirse en tres grupos: odoríferos, asfixiantes y tóxicos. Entre los primeros figuran el alcanfor, la bencina, la naftalina, la esencia de trementina, el humo del tabaco y las plantas aromáticas. Estas sustancias se emplean impregnando con ellas un pedazo de pan y poniéndolo detrás de los libros; si se trata de libros preciosos o de encuadernaciones ricas y antiguas, puede usarse el aceite de cedro, y con mejor resultado la esencia de tomillo o la de lavanda, bien rectificadas. Las sustancias asfixiantes son los gases deletéreos, como el cloro, el anhídrido sulfuroso, el ácido sulfúrico, los vapores de sulfuro de carbón, la bencina, etc.; todos son potentísimos y hacen estragos en los insectos; la mejor de todas las sustancias gaseosas es, sin embargo, el sulfuro de carbón.

Un medio muy práctico para las bibliotecas consiste en encerrar los libros infestados en una caja de madera herméticamente cerrada y revestida interiormente de zinc, con una cantidad de sulfuro de carbón puesta en lo alto de la caja; a las treinta y seis horas quedan muertos todos los insectos que contenga el libro: esta sustancia no daña nada las hojas ni las encuadernaciones; pero como sus vapores son venenosos e inflamables hay que manejarla con sumo cuidado.

Entre las sustancias tóxicas, las más activas son la bencina y la naftalina. La primera se evapora en seguida, pero es muy enérgica y sólo requiere manejarla de modo que no se acerque a ninguna luz encendida, por lo inflamable que es; la segunda resiste más, pero obra con menos energía. En cuanto a los medios físicos, puede emplearse con éxito el calor con temperaturas de 80 a 100 grados.

Uno de los peligros más serios de nuestros papeles, hechos con pulpa de madera casi todos, además de su poca duración, es el hacerse fácil presa de los insectos lignívoros: por eso debe aconsejarse a los fabricantes la mezcla de la pasta con ciertas sustancias tóxicas, como el sublimado, que no destruyan el papel; en cuanto al cuero o badana, debe prepararse con sales de cromo; y por lo que hace a la cola y al almidón, deben contener algún veneno fuerte que mate a los insectos que intenten devorarlos.

## RECETAS CULINARIAS

### Pollo salteado

Se parte el pollo en pedazos y se blanquea en agua hirviendo durante cuatro minutos. Se pone al fuego una cacerola con manteca de puerco. Se tiene una cebolla partida menudita, se echa en la grasa templada y se la da vueltas para que se cueza, pero sin que llegue a tomar color. Se echa el pollo después de bien escurrido, se le da vueltas para que se cueza en su mismo jugo, se le echa sal molida, pimienta blanca y un polvo de nuez moscada. Cuando va a empezar a tomar color, se le agrega medio cuartillo de Jerez o de buen vino blanco, con otro medio de agua. Si el pollo es bueno, al consumirse ese líquido quedando una salsa clara, debe estar suficientemente tierno.

### Lengua de buey con espinacas

Se coge una lengua de buey y se limpia perfectamente pasándola primero por agua caliente, rascándola y pasándola por agua fría varias veces. Luego se hace blanquear por espacio de media hora en agua caliente; se saca y se la pone a refrescar en agua fresca cuando ya esté algo enfriada. Se la corta en pedazos y se la hace cocer en una cacerola a fuego lento, poniéndole manteca, un pedacito de tocino que se retira después de bien frito, laurel, tomillo, clavos de especia, sal en cantidad conveniente y como cosa de un vaso de agua. Se deja consumir hasta que el líquido esté glaseado. Se cuecen aparte las espinacas, que una vez cocidas y sazonadas de sal, se rehogan con manteca. Se colocan en el centro de un plato las tajadas de lengua y alrededor de las espinacas, y se moja todo con una buena salsa española. También se puede poner la lengua entera en vez de despedazarla, teniendo cuidado de cocerla como queda indicado. A falta de salsa, se podrían preparar las espinacas de esta manera: Una vez éstas bien cocidas, al rehogarlas con manteca, se las pone un poco de pimienta y, cuando empiecen a resolverse, se las añade unas pulgaradas de harina, removiendo todo muy bien. Luego se las echa por encima el mojo de cocimiento de la lengua pasado por tamiz y desengrasado debidamente. Se las deja cocer un rato para reducir el líquido y que se vuelvan algo espesas.



Dentífrico  
de  
moda

**POLARINA**

El mejor  
elixir dentífrico  
conocido

**POLARINA**

Blanquea admirablemente los dientes; evita y cura el dolor de muelas; mantiene la boca fresca y aromatizada; es antiséptico e higiénico; es el más económico.

Venta: Perfumerías, Droguerías y Farmacias  
Inventores: Cortés Hermanos, BARCELONA

**ANEMIA** DEBILIDAD **Verdadero HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero. El más activo y económico, el único inalterable.—Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, París.

EL INGENIOSO HIDALGO  
**Don Quijote de la Mancha**

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

*Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer*

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona

**HISTORIA GENERAL de FRANCIA**

ESCRITA PARCIALMENTE  
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsímiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Lavando la ropa blanca  
con la primitiva Lejía  
líquida marca

**CONEJO**

embotellada  
se consigue limpieza  
blancura y desinfección

REHUSAR LAS BOTE-  
LLAS DESTAPADAS



**ANEMIA**  
DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS  
Todos los Medicos proclaman que  
el VINO y el JARABE **DESCHIENS** (PARIS)  
á la Hemoglobina  
CURAN SIEMPRE

NUEVA REIMPRESION

**FABULAS DE ESOP**

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES



**Historia General de España**

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

POR D. MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA

CON LA COLABORACIÓN DE

D. A. BORREGO Y D. A. PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 3.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. — Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas. — Su precio 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, a 5 pesetas uno.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSE**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el PILIVORE DUSSE, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN